



DE ACTUALIDAD

Reflexiones sobre el último episodio

¡Triste y sintomático episodio este que acabamos de presenciar de la huelga de Correos y su solución! "Para venir a parar a esto—se dice la gente—no valía la pena de haber dejado que se nos perturbara unos días la vida normal de relación." Y tiene razón.

¿Es acaso que se ha tomado ese tiempo, no para estudiar la justicia o la factibilidad de las peticiones de los huelguistas, sino para tantear la solidaridad y la fuerza de éstos y ceder o no, según el resultado de ese tanteo? Que no se iba a lo que se llama "dar la batalla"—este incivil procedimiento de la conservaduría neta española—nos lo prueba la salida de D. Alfonso para el Norte de Francia. Porque el dar la batalla podría haber traído consigo graves consecuencias para el Gobierno. Más se ha parecido a un torneo de deporte, a un duelo formulario, que no a una batalla de verdad.

Hay ocasiones—y no nos referimos precisamente al caso último, al que provoca este comentario—, hay ocasiones en que parece como si nuestros gobernantes se opusieran a demandas de éstos o aquéllos, las resistieran, para ceder luego, pensando de antemano ya en ceder y para hacer valer más semejante cesión. La cosa es hacerse de rogar. O acaso hacerse de amenazar. Y otras veces provocar ciertas intervenciones.

Lo más deplorable en nuestra gobernación y administración públicas es lo que se suele llamar en su sentido más restringido la política. Porque aun entre los hombres públicos, los que se dedican a la política, se dice de unos que son más políticos que otros. Y no se dice que sean los más políticos los que tienen ideas más claras, más ricas, más profundas, más firmes sobre política, sino todo lo contrario. Más político es el que tiene menos convicción y menos idealidad políticas. Romero Robledo pasaba por mucho más político que Pi y Margall. Este era lo que Napoleón habría llamado un ideólogo.

En el actual partido liberal conservador histórico, en el que Maura bautizó de idoneísmo, abundan acaso más que en otro los puros políticos en el sentido a que acabamos de referirnos, los políticos a quienes no les turba el sueño la reflexión de la política como ideología. Su empirismo es pavoroso.

Se ha dicho, no sabemos con qué fundamento, que el conde de Romanones se alarma de que el actual Gobierno gobierne demasiado en liberal y como trocando los papeles. Que es como si dijera: "¿Pero qué nos dejan a nosotros?" Es innegable que este Gobierno, presidido por el que fué ministro de la Gobernación en el verano, para siempre definitivo, de 1917, ha llevado a cabo varios actos de una muy franca liberalidad y como si tratara de abrir cauce de legalidad a nuestras luchas civiles y que sean civiles de veras. Pero en el fondo de su actuación toda se nota algo como de cansancio y como de superficialidad. O, mejor, algo que responde al sentimiento de la interinidad. Más que a gobernar han venido al Poder a rehacer la esencia histórica del partido, a purgarlo de ciertos pecados, a recobrar la confianza de lo que de opinión liberal queda en el país. Y esto, con ser muy laudable, no es lo que en el Poder hace falta en los actuales momentos.

¿Ha llegado o no ha llegado la hora de las izquierdas? Lo evidente es que ha debido pasar la hora de las interinidades.

Cuando el Sr. Sánchez Guerra llegó a Madrid a arreglar el pleito de los de Correos, al decir que todos los funcionarios públicos debemos atenernos a nuestra función y aun sacrificarnos a ella, tomó en boca el nombre del rey, y nos recordó que éste suele decir que es el primer servidor de la nación. Y luego accedió a las peticiones que tenían formuladas los huelguistas postales. ¿Es que con esa mención del sentir del rey, con quien acababa de conferir, y seguramente que, entre otras cosas, sobre la huelga misma que venía a resolver, es que

con eso quiso decir que él, como funcionario público, se iba a sacrificar a su función cediendo en el pleito planteado?

Conocemos otro pequeño pleito, muy restringido y poco público, en que en más de una forma se da a en-

tender a los demandantes que deben acudir a ciertas intervenciones? Y todo el mundo sabe cómo hay oficinas públicas en que no se conceden cosas que son de estricta justicia mientras no va la petición avalorada con cuatro letras del cacique político o del diputado. Que es principio de esa pura política a que nos referíamos el que se deba todo al favor.

Y en este triste camino se ha solido llegar a excesos tales como el de incoar una evidente injusticia para provocar el que el agraviado suplique, como un favor, su cesación y restablecer la equidad para que haya que agradecerlo.

No sabemos bien lo que haya en el fondo del pleito de los empleados de Correos, la parte secreta de él; pero no nos extrañaría que entrasen esas maniobras del politicismo sin idealidad política alguna. El sindicalismo de los funcionarios públicos es, sin duda, uno de los más graves peligros para la normalidad de la administración; pero no es el mejor remedio el de tratar de darle sentido político, en el mal sentido, al funcionarismo. Sería un mal para el buen funcionamiento de la administración pública el que el empleado, el funcionario público hubiera de ser siempre un perfecto ministerial, un ministerial de cualquier ministerio.

Más sobre todo merece la pena de volverse.

MIQUEL DE UNAMUNO